



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

VOLTAIRE CON NIETZSCHE: EL PROBLEMA DEL OBJETO EN LA PSICOLOGÍA

Mg. Ricardo Alberto Andrade

Psicólogo U. de A.

Magíster en Lingüística U. de A.

Docente-investigador Funlam

Una pregunta, para algunos cándida, se posiciona en la atmósfera académica del programa de psicología, de hecho, me atrevería a decir, de todos los programas de psicología, al menos, así debería ser: ¿qué estudia la psicología? Respuestas inmediatas pueden venir de múltiples sectores, algunas con un pomposo apelativo de “más científicas”, otras que con cierta sospecha rayan, para algunos, en las desacreditadas categorías de “pseudociencias” o, un tanto menos brusco, “ideologías”.

El estudiante parece naufragar en ese mar de propuestas dicotómicas que parecen atractivas, pero que se contradicen entre sí. Y entonces se formulan preguntas subsecuentes: ¿Es ciencia la psicología o no? ¿Una disciplina? ¿Un atractivo discurso? Se instala entonces una disputa intelectual e ideológica: se debe escoger una escuela, un enfoque, una orientación, lo que sea, pero se debe tomar un lugar en la contienda, una contienda antigua, de la que, como pasa en el conflicto armado colombiano, difícilmente se recuerdan los orígenes.

Podría afirmarse que esta contienda se ha venido dirimiendo en los últimos años, en función del grado de proximidad entre la psicología y la ciencia. Algunos, de hecho, hablan de “la psicología científica”. Por descarte,

habría también una psicología “no científica” (Colom, 2000, p. 1). Aportemos un poco más a esa disputa, y empecemos por recordar los requerimientos que se suelen aceptar para que alguna teoría sea bien llamada, con todo el prestigio que ello implica: ¡ciencia!

Una teoría científica no es falsa o verdadera, sino probable o improbable. Debe cumplir cuatro características: “1) ser replicable, 2) ser parsimoniosa, 3) debe permitir realizar mediciones y 4) debe estimular posteriores investigaciones (Colom, p. 1). Ser replicable o no, tiene que ver con las posibilidades de que esa teoría no sea válida sólo en un contexto específico, su parsimonia con que, de encontrarse una mejor teoría para explicar un fenómeno debe ser reemplazada; la tercera apunta a que existan posibilidades empíricas de contrastación con instrumentos convencionales de medición; y la última de estas características se refiere a la dinámica misma de la ciencia y su progreso. Desde esta perspectiva, es posible afirmar que no todas las teorías psicológicas catalogan dentro de la buena familia científica:

“Hay teorías psicológicas que realmente son visiones del mundo con aspectos de teorías. Algunos ejemplos son, según el profesor E. B. Hunt (1997), la teoría del desarrollo de Jean Piaget y el psicoanálisis de Sigmund Freud. Estas visiones del mundo con aspectos de teorías alimentan el “mito” de que, en realidad, la psicología no es una ciencia” (Colom, p. 1)

Por fortuna para muchos, algunos nobles paladines de la ciencia han evitado que la psicología caiga para siempre en ese territorio vertiginoso, metafísico y, dirá Comte, primitivo, de la ideología: “existen excelentes teorías científicas en psicología. Así, por ejemplo, en el desarrollo de las teorías científicas sobre la inteligencia suele distinguirse entre variables y definiciones operativas” (Colom, pág. 2).

En efecto, si de algo nos ha servido el desarrollo de la psicología es para aprender de los procesos psicológicos básicos. Para algunos estudiosos la psicología llamada básica o general, se limita al estudio de tales procesos, en una página universitaria colombiana se lee al respecto: “estudio con métodos científicos de la naturaleza y funcionamiento de los procesos psicológicos básicos (condicionamiento, memoria, cognición, atención, lenguaje,...) del hombre normal y maduro”¹.

Llamamos procesos psicológicos a esta selecta lista conceptual que autoriza la formulación de teorías que no descuiden los cuatro criterios arriba mencionados y que, por supuesto, forman un aspecto fundamental de la investigación en psicología. Pero que se me llame metafísico, ideológico y mejor aun, mitológico, pero, ¿acaso no existen procesos que no forman parte de ese grupo genérico y que ocurren en ese espacio virtual llamado psique? Quiero decir en la mente, que, aunque no abarca todo el conjunto psíquico es un tanto más aceptada conceptualmente.

Para no ir muy lejos me permitiré acudir a un diccionario que, aunque poco especializado, es un punto de partida medianamente fiable. El DRAE define mente como: “conjunto de actividades y procesos psíquicos conscientes e inconscientes, especialmente de carácter cognitivo”.

Déjenme interrogar, entonces, por el deseo, por la identidad, el yo, el self. Déjenme cuestionar, también, por la existencia de fenómenos que llevan a que, psíquicamente, un hombre elija mejor unos tacones rojos que el objeto predeterminado, genética, moral y socialmente para su satisfacción sexual. No todo lo que debe ser objeto del pensamiento psicológico puede, al menos todavía, ser formulado en términos de proceso discretos que sean generalizados, medidos o parsimoniosos.

Se me podrá responder que esos son aspectos que no forman parte de la psicología básica y que, en el último ejemplo, se trata de psicopatología. Respondo que no me importa, pero ni la identidad ni el deseo pueden dejar de ser considerados dentro de los aspectos fundamentales del funcionamiento psíquico, forman parte de las características funcionales primarias de nuestra vida anímica.

Creo que un problema se haya a la base de este dilema, si lo es: occidente es una cultura fascinada con la disección: para poder entender dividimos todo por secciones cada vez más pequeñas. Parece que ese modo de comprensión facilita un tanto la sensación inevitable de que la naturaleza es enorme, mucho más que nosotros y de que también la naturaleza humana escapa a los límites de nuestros modernos sentidos.

Pero, es un tanto difícil escindir, para poder formular parsimoniosamente, la sensación de mismidad que cada mañana acompaña el despertar. Yo me despierto y soy yo; yo, con un nombre que podría cambiar, unas condiciones que podrían cambiar, una patria que está hecha de papel; pero soy yo, con todo lo que eso implica y con mi memoria y mi atención. Extraño sería despertar y ser otro, como Gregorio Samsa, quien una mañana “se despertó convertido en un monstruoso insecto” y que, sin embargo, no tuvo otra cosa que preguntar sino: “- ¿Qué me ha ocurrido?”. (Kafka, la metamorfosis)

Este asunto se ubica más allá de la antigua disputa de la existencia o no del alma; no me preocupa si ella es esencial, etérea o eterna, pero la posibilidad de percepción de la propia existencia y de la sensación como unidad viviente es un aspecto innegable que forma parte de nuestra vida psíquica. Sobre ello, curiosamente, la mayor parte de investigaciones no vienen de la psicología sino más bien de otras “ciencias ocultas” como el psicoanálisis, psicologías menos nobles científicamente y, claro, la literatura.

A este respecto Voltaire (1983, p. 101) dice: ¿cómo nos atrevemos a afirmar qué es el alma? Sabemos con certidumbre que existimos, que sentimos y que pensamos. Deseamos ir más allá y caemos en un abismo de tinieblas”. Sí, este hipercrítico de la ilustración nos permite ir más allá de la disputa metafísica de la psyché, y nos ubica ante un objeto de estudio para la psicología que se compone de tres aspectos: la certidumbre de la existencia, la sensación y el pensamiento. Este filósofo agrega: “...aunque os sea conocida la operación del pensamiento, desconoceréis lo principal de vuestra esencia, ignorando cuál es la naturaleza de esta substancia, de la que el acto de pensar es una de las operaciones” (Voltaire, p. 105).

Es de suponer que la psicología moderna, una vez logró reconciliarse con el viejo Comte, gracias a los esfuerzos desesperados de un Wundt deseoso de conocer científicamente, tal como lo manda la santa madre ciencia, la psique del ser humano, no tuvo otra opción que elegir los dos segundos caminos trazados por Voltaire: el de descubrir la naturaleza del pensamiento y de la percepción. Lo demás es metafísico, fuera del universo cerrado de la ciencia moderna. Pero Voltaire ha advertido que el pensamiento es una

operación de un proceso más abstracto, menos registrable, más etéreo, pero no por ello, menos humano.

Rechazamos, por supuesto, todo intento de mistificación de este proceso; no estamos al nivel de la invención de “un ser desconocido que está en nosotros, que nos hace obrar y que vive después de que morimos” (Voltaire, p. 117). Sabemos que este proceso abstracto no tiene otro soporte que los órganos del cuerpo y que tiene su fundamento en la materia, pero lo entendemos como una emergencia innegable de esa realidad orgánica, que también es física, química y social.

La pregunta retorna, irresuelta: ¿cuál es, entonces, el objeto de estudio de la psicología? Tomemos en cuenta un aspecto, a veces descuidado: el objeto de estudio de ninguna ciencia es un objeto real, valga decir, toda ciencia debe partir de conceptos hechos para nominar los fenómenos. Los objetos de estudio de las ciencias son creaciones conceptuales de las mismas ciencias. No hay otra forma de nombrar el mundo sino a través del lenguaje.

Para Nietzsche esa situación acaece como un autoengaño. Para él todo lo que el hombre puede conocer del mundo y de su verdad es un ficcionar metafórico permanente. “¡En primer lugar, un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en sonido! Segunda metáfora. (Nietzsche, 1886, p. 22).

Sí, creemos saber del pensamiento, de la memoria y sí, sí, hay que decirlo, de la conducta, pero esas palabras, como nominaciones, ya son una abstracción arbitraria de la realidad, una creación fiable únicamente porque somos los autoproclamados reyes de la evolución y nos encanta que la naturaleza nos alabe, igual que le pasa al simpatiquísimo rey Julian en la película *Madagascar*.

En suma, todo concepto se forma por equiparación de una nominación a un hecho natural. Así, llamamos objeto de estudio de la psicología a una ficción humana y la elevamos, con la misma alegría con la que un mago saca un conejo del sombrero, a la condición de descubrimiento y lo alejamos arbitrariamente de todas las conductas individuales. Olvidamos

convenientemente ese origen primigenio y creemos que en la naturaleza alguna vez se tejió algo separado que fuese “la conducta”, una suerte de fenómeno primitivo, a partir del cual todos los comportamientos son definidos, pero ninguno de ellos, luego de ese proceso de conceptualización científica, es “La conducta”. Y así, nos atrevemos a señalar con los dedos de la manera más fantástica que hay conceptos pseudocientíficos y otros “probables”, para volver a ese ejercicio milenario y encantador de seccionar el mundo en dicotomías, de la misma forma que la Biblia separa a los hombres en ovejas y cabras.

Precisamente porque el humano supone que en su constitución hay una facultad, una impronta capaz de llevarle, con la misma seguridad con la que un ciego camina aferrado de su perro lazarillo, por los caminos de la certeza. A esa facultad la llaman intelecto y la suponemos el culmen innegable de la evolución, el Everest de las capacidades. Para Nietzsche, ese intelecto, propio del humano, es una consecuencia más de los caminos por los que la vida se abre paso, no más digno que otra expresión de esa vida, de hecho, una habilidad caduca y sombría a la que sólo su poseedor atribuye tan alta estima: “...solamente su poseedor y creador lo toma tan patéticamente como si en él girasen los goznes del mundo. Pero, si pudiéramos comunicarnos con la mosca, llegaríamos a saber que también ella navega por el aire poseída por el mismo *pathos*, y se siente el centro volante de este mundo”. (Nietzsche, 1886, p. 17).

En efecto, los positivistas suponían que la ciencia trabajaba fundamentalmente con observaciones. Las ordenan y las clasifican pero nunca van más allá. El cambio contemporáneo en las ciencias parte de un hecho innegable: “el mundo contiene bastante más que observaciones. Hay organismos, campos, continentes, partículas elementales, asesinatos, diablos, etc.”(FEYERABEND, 1982, pag-78). Según alguna ilusión científica la ciencia efectúa los descubrimientos sin alterar los objetos, las propiedades y las relaciones que en ellos se descubren. Pero, es imposible que el observador o sujeto no interactúe con su objeto de estudio y acabe por causar en él algunos cambios. “Admitimos que nuestras actividades epistémicas pueden ejercer una influencia decisiva incluso sobre las piezas más sólidas del aparato

cosmológico; pueden hacer que los dioses desaparezcan y sustituirlos por montones de átomos en el vacío” (Feyerabend, p. 79).

Sí es así, la pretendida objetividad científica no puede menos que ser cuestionada en sus mismos fundamentos y, por ende, las definiciones amañadas y poco dialectizadas de psicología; nuestras definiciones, son la satisfacción de una u otra postura en este mundo, hecho por nosotros mismos de extremos irreconciliables.

Por eso, dejar algunos fenómenos de la vida psíquica como los últimos de una larga fila, encabezada por aquellos dignos de ser sometidos a la lupa disciplinar, no es otra cosa que un artilugio, útil para no desarmar el débil andamio conceptual que tanta seguridad nos procura. Por eso, cuando a George Canguilhem se le pregunta ¿qué es psicología? Sólo puede decir:

“Si no podemos definir esta psicología por una idea del Hombre, es decir, situar la psicología en una filosofía, no tenemos, por supuesto, el poder de prohibir, a cualquiera que sea, llamarse psicólogo y llamar psicología a lo que él hace. Pero tampoco pueden prohibir a la filosofía continuar interrogándose sobre el estatuto mal definido de la psicología, mal definido tanto del lado de las ciencias, como del lado de las técnicas” (Canguilhem, 1966, p. 9)

Lo que nos interesa es el hombre en su percepción de mismidad. Los procedimientos antitéticos de nominación, clasificación y organización son intentos de una ciencia tímida, tímida porque actúa con la misma intención que tendría un hijo ilegítimo, al luchar por hacerse llamar con un apellido noble a toda costa. Pero el hombre, y lo que nos interesa de él no se divide, no se multiplica ni se resta. Es más complejo y también más simple, no se ajusta del todo a leyes, no se deja medir, es un yo sin ego, es un yo virtual “comprensible sólo desde adentro como experiencia vital”. (Munné, 2000).

El objeto de la psicología no es otra cosa que el psiquismo, íntegro, no dividido en sus procesos. Esas divisiones son auxilios conceptuales útiles, pero no pueden reemplazar la dignidad que es empujada por la vida desde las antípodas de la misma naturaleza. Nada de vergüenza debe haber en un psicólogo que decide continuar con un objeto de estudio total, aun si debe pensar en procesos para comprenderlo, nada de indigno en pensar en términos

del alma, si se le examina con una mirada sistemática, aunque no sistematizante.

Se nos obliga a renunciar a saberes antiguos porque se les considera poco verosímiles, pero esos saberes no dejan de reclamar su lugar en la ciencia. Se nos pide investigar cualquier cosa, pero a investigar, para ser un psicólogo novedoso. Porque hay que ser nuevo en la modernidad y ser leído a toda costa en sitios prestigiosos y ser citado desde todas las periferias, para pertenecer al maravilloso mundo de la actualidad científica. Pensamos que sí, que queremos estudiar e investigar y publicar ¿por qué no? Pero nuestro interés no perece en el punto en el que confluyen un número casi infinito de informes científicos bien precisos.

Nuestro objeto de estudio seguirá compuesto de procesos psíquicos que expresan también, de modo más difuso, la vida misma del hombre. El hombre que yerra, que sufre, que es impreciso, que ama a quien no debería, que está donde no debería, que busca lo que no se le ha perdido, que es rebelde a las convenciones sociales. Dejamos el estudio de las leyes universales a los que las conocen porque: “Allí donde el hombre no puede ver ni tocar nada, no hay nada que buscar”; lo que no deja de ser un imperativo muy distinto del de Platón, pero adaptable a una raza dura y laboriosa de futuros mecánicos y de futuros ingenieros que sólo tengan que hacer trabajos superlativamente *burdos*”. (Nietzsche, 1999, p. 32).